

La penetración económica comienza, deliberada, inteligente, envolvente. Comprendan quienes comprenden y quienes tienen misión de comprender.

UN HOMBRE de estado sabe posponer los intereses inmediatos de su partido a los grandes intereses de la república. En el primer instante puede ser acusado por sus partidarios, pero

muy luego acaban por reclamar como suya la gloria de aquel desprendimiento y de aquella obra. Aquel a quien preocupa más su partido que la república llega a preocuparse más por su grupo que por su partido y finalmente más por sí mismo que por su grupo. En esa pendiente el abismo del yo es la última parada.

ejemplares que existen en América. Aun en España son muy escasos.

Tomé las notas que necesitaba y me despedí de don José García, convencido de que era un hombre de una cultura superior y perfectamente equilibrado, si bien algo extravagante. En varias ocasiones volví a visitarle, siempre con motivo de alguna consulta, y cada vez me interesó más su extraña personalidad, envuelta en cierto ambiente de misterio. Acerca del bibliófilo corría una historia novelesca. Se contaba que por motivo de una pasión amorosa en su juventud, había perdido el seso y renunciado a la vida social. La idea de que ese vejete, tipo perfecto del ratón de biblioteca, fuese una víctima del amor me parecía tan estrambótica, que más de una vez estuve tentado de ser indiscreto, dando a la conversación un giro capaz de provocar una confidencia; pero no era fácil desviar a don José García del tema favorito de sus queridos libros, que ahora ponían en venta sus herederos cuando ya no estaba él en este mundo para defenderlos. Esos mismos libros que con tanto esmero ordenados había visto yo en la casita solitaria, yacían en montones en medio del vaivén de los compradores, que los revolvían y hojeaban rápidamente; y este manoseo brusco me parecía una profanación al recordar el ademán respetuoso de don José García cuando tomaba un volumen del estante; la lentitud de sus gestos para quitarle el polvo; la suavidad y el cuidado con que lo abría.

LA ALMONEDA

No puedo presenciar una almoneda sin que de mí se apodere una vaga melancolía. Cualquiera que sea el motivo, ruina, muerte o desacuerdo de los propietarios, esa subasta pública de los despojos de un hogar me ha parecido siempre un espectáculo lamentable.

En la naturaleza humana impera el instinto de conservación y una almoneda es el final de un algo, de un conjunto creado por el esfuerzo del hombre. En ese instinto se originan el amor al terruño, el culto de los antepasados, el respeto de las tradiciones y otros nobles sentimientos. Los objetos que nos rodean participan de nuestra vida, se impregnan de nuestro ser y adquieren un alma, el alma inerte de las cosas, reflejo de la nuestra. El sillón de la abuelita, el costurero de la madre forman parte de la familia y nos hablan, con elocuencia muda, de amor, de honra, de la casa paterna, de los días venturosos de la infancia, de todas esas cosas en que no podemos pensar sin ternura.

¿Quién podría decir la suma de esfuerzos, de perseverancia, de sacrificios que suelen representar esos pobres muebles? En la obra de su reunión han colaborado a menudo varias generaciones; cada cual tiene su historia y hasta el último trebejo que ha sido testigo de nuestras penas y alegrías, pertenece a ese mundo de recuerdos en que al cabo de los años viene a resumirse una existencia. Han visto morir y nacer, sufrir y gozar, guardan nuestros secretos, y entre ellos y nosotros existen lazos misteriosos cuya ruptura es dolorosa. Un incendio reduce a cenizas el ajuar de una casa y sin embargo el fuego es menos cruel que la venta al mejor postor. Porque el incendio es la muerte y la almoneda el mercado de esclavos. Las intimidaciones de la familia públicamente expuestas, el lecho de la esposa casta a merced de los dineros de una cortesana, el retrato del abuelo provocando las burlas; cuanto fué querido y mereció respeto, vilipendiado, escarnecido, profanado. Bendito sea el fuego que todo lo purifica.

Estas amargas reflexiones me embargaban en la subasta de una de las mejores bibliotecas particulares que he visto. Habíala formado un hombre generalmente tenido por maniaco, pero que en realidad era un filósofo y un erudito que dedicó una larga vida apacible a coleccionar buenos libros y a leerlos. Don José García era un viejecito calvo y enjuto, cuyos ojos grises brillaban de inteligencia debajo de unas cejas muy pobladas. Cuando se le veía en la calle era siempre con un libro en la mano, nueva adquisición para su biblioteca, objeto de todos los afanes de su existencia solitaria. Habitaba en las afueras de la ciudad una casita rodeada de árboles y rosales, en compañía de una criada casi tan vieja como él y de un perro decrepito, que ya no se movía del umbral de la puerta para dar paso a los rarísimos importunos que iban a turbar la quietud de una vivienda cuyo silencio intimidaba.

La primera vez que la visité, llevado por el deseo de consultar un libro que no había podido descubrir en ninguna parte, estuve dudando antes de llamar. Por fin me resolví, y después de un parlamento bastante largo, la vieja servidora me llevó a presencia del bibliófilo, a quien encontré sentado delante de una mesa cubierta de papeles y libros. Sin soltar el que tenía en la mano me examinó de pies a cabeza con mirada inquisidora; pero al enterarse del objeto de mi visita, su semblante, hasta entonces hosco, tomó una expresión benévola.

—No me sorprende que V. no haya podido dar con lo que busca—me contestó—. Ese libro es raro y de él no hay más que una edición: la de Valencia, hecha en 1742 por Joseph Tomás Lucas, impresor del Obispo de Tlaxcala... Pero venga V. por aquí—añadió dirigiéndose a pasitos cortos hacia una puerta. La abrió y penetramos en la habitación contigua, atestada de libros como la primera. De uno de los estantes bajó el que yo deseaba ver y me dijo sonriendo:

—Aquí lo tiene V. Está muy bien conservado y es uno de los poquísimos

Compré todo lo que pude, inclusive una docena de manuscritos de escaso interés para mí. Sin embargo, uno de ellos, en que apenas había reparado al principio, me tenía reservada una gratísima sorpresa. Era un cuaderno de apuntes en que el bibliófilo había consignado también, con su letra bastarda, algunas notas íntimas cuya lectura me sirvió para penetrar un tanto el secreto de aquella existencia singular. De estas notas copiaré las tres que me han parecido dar idea más clara de la mentalidad de don José García:

«15 de febrero.

»Al salir esta mañana de la librería de Pérez tropecé con D^{ña} Rosa de X. ¡Pobre D^{ña} Rosa! Está deforme. Su gordura es verdaderamente fenomenal; arrastra los pies como si fuesen de plomo y jadea de modo lastimoso. Nadie podría imaginarse que semejante mole de grasa era hace treinta años una linda muchacha, esbelta y ágil. Y cuando pienso que esa mujer, o mejor dicho esa ballena, me inspiró el único amor de mi vida, que por ella sufrí lo indecible y estuve a punto de pegarme un tiro, la cosa me parece